

ATILIO CABALLERO  
Luz de gas

*bokeh* ✱

© Atilio Caballero, 2019

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2019

© Bokeh, 2019

Leiden, NEDERLAND

[www.bokehpress.com](http://www.bokehpress.com)

ISBN 978-94-91515-45-3

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Bordeaban una pendiente escarpada, buscando un apoyo firme entre las piedras que cada tanto se desgajaban al borde del barranco para rodar cuesta abajo hasta que el abismo se tragara el sonido. Se movían rápido, aunque sin saber exactamente hacia donde, como casi siempre. Lo único *claro* era que debían alejarse lo antes posible de aquel lugar donde habían estado momentos antes. A juzgar por la intensidad de la luz, pronto comenzaría a caer la tarde. Spider, delante, cargaba la máquina, marcando el paso de los otros dos. La mole de hierro se le enterraba en la piel del hombro derecho, y tenía que hacer malabares para acomodársela continuamente y no caer. Su percepción, difusa aún, se esclarecía cada tanto de sólo pensar que también su cuerpo perdiese el sonido en la caída, como las piedras.

Dámela, yo la llevo un rato, propuso el Afónico.

Ni muerto, respondió Spider.

Pues jódete.

El Afónico se encogió de hombros y escupió, apuntando a los talones de Spider, pero la saliva quedó prendida en un arbusto antes de llegar a los pies del otro. Casi nunca acertaba con sus salivazos; tampoco en la ciudad, cuando apuntaba a las rayas de la acera. Dejó que el Loco pasara a ocupar su posición; él se quedaría detrás, como de costumbre, siguiendo la marcha con su propio ritmo. De todos modos, sus amigos nunca lo echaban de menos, o eso pensaba él, por lo que si ahora se retrasaba a ninguno le importaría, y él podría moverse ligero según le conviniera.

Pero no tuvo mucho tiempo para regodearse desde esta agradable perspectiva, o al menos en la mínima venganza que

significaba imaginar a Spider soportando todo el peso de la máquina. Unos cincuenta metros después el Loco, adelantando a Spider, se detuvo frente a una encrucijada abierta sobre la tierra en medio del bosque. Bien mirado, más que un cruce de caminos era una bifurcación de ese mismo sendero que ellos venían siguiendo, y que ahora se abría en dos como una disyuntiva.

Por aquí. Estoy seguro de que es por aquí, dijo señalando el sendero que se abría a la derecha.

¿Y por qué estás tan seguro?, le preguntó Spider, poniendo la máquina en el suelo. No parecía muy de acuerdo con la opinión del Loco, pero aprovechó su observación para soltar la carga y tomar un respiro. Luego observó en derredor, como intentando atisbar un posible destino, y aunque fuera imposible ver nada por la vegetación, respondió: por ahí vas hacia el norte, para El Salto, y nosotros tenemos que seguir el rumbo del sur, buscando el mar, ¿entiendes? Entonces es éste.

Spider señaló el otro sendero, sobre el que Afónico se había detenido. Cuando apuntó a sus pies, Afónico los miró como si no los reconociera.

¿Salto? ¡¿Salto?! , gritó, brincando sobre el lugar en el que estaba parado. Parecía que entraban hormigas por las suelas de sus botas. Si buscas El Salto te metes en el mismo corazón de la Sierra, siguió diciendo. Es al revés, hay que bajar, buscando el llano...

Eso es lo que yo digo, respondió Spider.

Entonces vamos por aquí, hacia el norte. Llegando al Salto estaremos más cerca... de algo. Algo que no se parezca a esto.

Disculpen... La cabeza del Loco seguía la controversia como si mirara un partido de tenis. A mí me da igual, pero... ¿a dónde es que vamos, *exactamente*?

Ahora sí puedo asegurar que no llegaremos a ninguna parte. Hagan lo que ustedes quieran, como siempre. Yo voy a merendar algo.

Afónico se sentó sobre la hierba, y sacó de un bolsillo un pañuelo donde tenía envueltos un par de hongos. Abrió su cantimplora, los roció y se tragó uno, mientras Spider y el Loco lo contemplaban en silencio. Ninguno de ellos dos recordaba que hubiera guardado aquellos hongos, ni que aún le quedara agua en la cantimplora.

No le faltaba razón, pero seguir la ruta que él proponía significaba un atraso. Era cierto que en Santa Clara les resultaría más fácil encontrar algo que los llevara hasta La Habana, pero Spider y el Loco, para simplificar las cosas e ir al grano, preferían desandar el terreno recorrido, o al menos salir al lugar desde donde habían partido: el jardín botánico de Cienfuegos, a medio camino entre Cumanayagua y La Sierrita. Por allí comenzaron a subir, hasta aproximarse a lo que debía ser Cuatro Vientos, uno de los puntos más altos de toda la cordillera. Luego, bordeando el camino para evitar las miradas indiscretas —que en esta zona, últimamente, eran muchas— siguieron hasta el pueblecito más próximo, seguramente Charco Azul Arriba, cerca de una pequeña laguna escondida en el bosque donde acamparon y se bañaron —«la Poza del Venao, se los garantizo»: Spider—, para entonces bajar un poco y llegar, lejos de todo, como querían, a las inmediaciones de Cien Rosas: el ojo fulgurante del paraguas entrevisto en el mapa de Sergio.

O eso creían. En realidad, al desviarse del camino donde los había dejado el camión anduvieron a campo traviesa durante cuatro días rumbo al noreste, evitando aproximarse a El Nicho —que era el destino de ese camino abandonado—, y este larguísimo rodeo los había acercado otra vez a la zona de Cumanayagua, de donde desde un principio debieron haber partido, visto el lugar al que querían llegar. De haber sido de noche, desde ese punto donde ahora se encontraban hubieran podido ver el resplandor de las luces que alumbraban el poblado en uno de esos extraños días de gracia a todo vapor, y por esas

luces deducir el sentido circular del itinerario llevado a cabo. Pero aún era de día, y para colmo una neblina difusa borraba cualquier referencia visible más allá de los doscientos metros. Tal vez también por esta circunstancia, un añadido a la propia nublazón interior, en algún momento habían torcido el rumbo. Esa neblina que, como un decorado constante, los había acompañado durante casi todo el recorrido.

El mismo que, siguiendo sus pasos, había hecho el Hombre del Caballo, por aburrimiento primero, luego por curiosidad, y ahora por un interés particular. A él lo guiaban ellos, y a ellos la casualidad, las alucinaciones y los accidentes del camino, por lo que el Hombre se dejaba llevar, conociendo de antemano cómo reaccionarían ante cada uno de estos inconvenientes; era su zona, podría hacer el trayecto con los ojos cerrados sin tropezar una sola vez. Aun así, cuando abandonaron la casa de la mujer llevando consigo la máquina, pensó que ya era hora de intervenir. Pero desde su altura pudo ver cuando el Loco se retrasaba en la huida sin que los otros dos se percataran y volvía corriendo hasta la casucha, donde la mujer gritaba y se golpeaba la cabeza contra las paredes de palma. Lo vio acercarse despacio hasta la olla y voltearla de una patada al comprobar que estaba vacía. Lo vio también agacharse y abrir la bolsa de Spider, sacar del fondo un manojito de billetes arrugados y lanzarlo dentro del bohío por la abertura de la puerta antes de correr otra vez monte adentro, mientras las botellas pasaban silbando a su lado. Ahora, sólo el Hombre del Caballo sabía lo sucedido, adivinaba el destino de los tres caminantes, presagiaba el desenlace, y dejó que el azar los llevara hasta allí, hasta ese lugar inevitable.

Bien, esto se llama democracia de la selva.

Spider cogió el hongo que aún le quedaba a Afónico y lo tiró al aire. El hongo dio algunas vueltas y cayó sobre la tierra con el tallo hacia arriba.

¡Se los dije! ¡Señala hacia allá, hacia el norte!, bramó Afónico, este es un hongo magnético que sabe lo que hace.

¿Y quién te dijo que señala con el tallo? Lo más importante de un hongo es su corona, y esa no apunta hacia ninguna parte, contestó Spider.

Está bien. Probemos otra vez.

Afónico recogió el hongo del suelo y lo lanzó hacia arriba con fuerza. Al caer, la corona apuntaba en la dirección que había sugerido el Loco.

¡Lo sabía!, volvió a gritar el Afónico. Y sin esperar la reacción de Spider y del Loco se agachó, recogió el hongo y se lo comió ante la mirada impávida de los otros. Masticó y dijo: creo que por aquí vamos a dar a El Mamey. Una vez estuve ahí. Había mucho viento... Pero no sé qué carajo vamos a hacer en ese lugar.

Eso se sabrá cuando lleguemos, respondió Spider. Así nos hemos movido siempre entre estas lomas, y así seguiremos, no tenemos por qué cambiar ahora.

Hizo una pausa y se quedó inmóvil, mirando hacia un punto indefinido en la neblina.

Coño, todo lo veo amarillo, dijo.

Eso es de comer calabaza, respondió Afónico.

Yo no como calabaza. Como higos silvestres.

Deben ser los flamboyanes que vimos hace un rato.

¿Qué flamboyanes?

Los flamboyanes...

Eran rojos...

...y lo que percibes es la mancha de color que queda en tu memoria. La bruma del color en el rocío, como diría un buen japonés. No hay nada amarillo aquí, colega, todo es violeta.

¿Violeta? Ustedes están daltónicos... o están peor que yo.

Dame, yo agarro por este lado. Afónico lo ayudó a levantar la máquina. Spider lo miró de reojo, pero lo dejó hacer. Así al

menos no se retrasaría y podrían llegar más rápido, dondequiera que fuese.

Dos horas después, cayendo la tarde, entraban en un típico pueblo de montaña, semejante a casi todos los que había por esa zona: un camino central con bohíos y pequeñas casas de madera a los lados; otra un poco más alta, que podía ser el consultorio médico o la escuelita del lugar, media docena en edificación, de bloques o paneles de cemento y diseminadas al capricho o la conveniencia de sus constructores, y una explanada con un secadero de café al centro: el ágora del batey. Nada más. Pueblos dormidos pero no tranquilos, con un presente estático y el sueño colectivo y recurrente de un porvenir esplendoroso. Era el primero al que llegaban después de una semana evitándolos, serían las primeras personas que verían luego de tantos días, sin contar al Hombre del Caballo y a la mujer del bohío. Pero ahora, más que verlas, las sentirían acechando detrás de las ventanas, a través de una rendija, moviéndose como topos dentro de sus madrigueras mientras ellos pasaban. Aún no había comenzado a oscurecer, y sin embargo no se veía a nadie por los alrededores.

El lugar era un asentamiento a medio camino entre el concepto más pretencioso de pueblo y la arbitraria agrupación de una docena de casas, sin llegar a ser ni una cosa ni la otra. Y aunque parecía habitado, por el silencio les recordó aquellos campamentos en ruinas con que se habían topado al azar, invadidos por la maleza, y de los que sólo quedaban las paredes de algunas edificaciones, aprovechadas para criar cerdos en soledad, y el tanque de agua en lo alto como monumento fálico, símbolopreciado de la sensibilidad militar, única insignia erguida aún y detectable en la lejanía, como el campanario de la iglesia en los pueblos tradicionales. Estas ruinas eran el único



vestigio o testimonio de una idea que nunca fructificó por la ignorancia de sus creadores y la tozudez o el oportunismo de los estrategas locales. Algunas de ellas no llegaron nunca a ser holladas por la pisada del hombre, a sentir en sus paredes el vaho de los jornaleros al amanecer, quedando desprovistas de su misma condición esencial.

La única certeza de que en aquel lugar vivía gente parecía estar en la música. A medida que se iban adentrando en el batey por su camino principal, comenzaron a escucharla. Y a retorcerse. A este caserío llegaba la electricidad, y fueron recibidos con las canciones a todo volumen de Marco Antonio Solís, Los Mojados, Pimpinela, Juan Gabriel o Los Guardianes del Amor. Canciones tristes que los lugareños conocían de memoria y acompañaban a viva voz, aunque de momento no se viera a ninguno. Canciones terribles gritadas desde el interior de las casas, que hablaban de amores traicionados y sentimientos torcidos con una pretensión de verdad universal y real hondura de charco transitorio. Spider, recordando los sonidos del bosque, el silencio entre las montañas y la música de Eagles que aquella mujer apretaba con sus manos en el mismo centro de la soledad, pensó que involucionaban ahora a medida que se acercaban a la *civilización*.

Lo singular, sin embargo, estaba en que la mayor parte de esa música, que parecía salir de todas partes, no provenía de ninguna emisora de radio. Según una muy particular manera de ver las cosas, en lugares como éste era menos importante emplear un dinero en comer, pintar la casa, comprar jabón o cenar con tenedores que en garantizar, si no se tenía ya, el genéricamente llamado «hierro», equipo de reproducción musical para disco compacto, cassette y radio, mientras más grande mejor y de ser posible bien vistoso, sinónimo de alegría y bienestar. Gozar de la posesión de uno de estos aparatos garantizaba, además del supuesto placer particular, un status de preeminencia dentro

de la comunidad, evidencia de poder adquisitivo más carácter-alegre-y-jovial –una buena combinación para triunfar a ciertos niveles. Aun así, cuando la extraña caravana de tres pasaba por frente a alguna de aquellas casas sacudidas por el estruendo de la música, las voces se apagaban: eran caras desconocidas, la ropa puro fango, y la carga, un anacronismo misterioso.

Caminaron en dirección al inmueble de dos plantas, que parecía marcar el corazón de todo (que era casi nada). A un costado, buscando un poco de sombra protectora, un hombre dormía junto a una canasta llena de hierbas y un cartón con letras rojas: *Lo que el viento nos dejó: ajo porro y cilantro*. Frente se abría la explanada de tierra y piedra, y en el centro el secadero de café, un rectángulo grande de cemento como una piscina poco profunda donde cada tanto se levantaban nubes de polvo amarillo-rojizo a la luz del atardecer, pues ya había pasado la cosecha, y en esta época no había granos para escurrir al sol. Salvo aquel tranquilo durmiente, tampoco allí, en toda esa extensión se veía a nadie, aunque se oyeran las voces.

Al llegar a la explanada se detuvieron. Spider y Afónico dejaron la máquina sobre la tierra y se secaron el sudor con las camisetas que traían amarradas a la cabeza. Sólo se escuchaba el sonido del viento atravesando el lugar y el eco de la música y las voces que minutos antes habían dejado atrás.

Spider dio unos pasos, alejándose de Afónico y el Loco. Aquí para colmo ni siquiera ha llovido, pensó, viendo girar alrededor las nubes de polvo reseco levantadas por el viento. No le molestaban sus amigos pero ahora deseaba estar solo, pues a partir del momento en que comieron los últimos hongos había comenzado a sentir que el cielo –siempre amarillo desde entonces– rozaba su cabeza al caminar; como si estuviese ahí mismo, accesible con sólo levantar una mano. Era una sensación agradable ese celofán pálido y tranquilizador que él creía hundir como una pulpa viscosa y muelle cuando sus dedos la

empujaban hacia arriba. No siempre era posible tener el cielo al alcance de la mano, un cielo sólo para uno aunque amarillo y sin estrellas. Pero sabía que esa consistencia esponjosa, que enseguida recobraba la tersura cuando sus dedos dejaban de rozarla, podía volverse opresiva si no salían lo antes posible de aquel hueco en la montaña, ese agujero negro al que habían llegado por accidente y que trastocaba toda percepción, rodeados por la invisible presencia de fantasmas reales y acechantes que parecían corporizarse a medida que disminuía el efecto producido por los hongos. Lejos de gozar el extravío, lo atemorizaba el no saber dónde se encontraba. Pronto comenzaría a caer la noche. Y tampoco ahora había nadie a quien preguntar.

De repente oyó el sonido de un motor que aceleraba. El simple ronquido lo estremeció, taladrando los oídos, quemando sus tímpanos como si estuviesen en carne viva y alguien los rozara con una espina: era el primer ruido que escuchaba en una semana.

*...hay que comerlos en su propio ambiente. Si los sacas de ahí se vuelven contra ti. Son sabios los hongos. Reaccionan así para arrancarte de tu noria citadina donde te pudres cada día sin conciencia de la propia pu-ru-len-cia apestosa de lo mismo, haciéndote venir hacia ellos, abriéndote los ojos y los oídos a lo diferente, y una vez en el lugar, te ofrenda su sabiduría, te cambia las formas y los sonidos y los colores de todo lo conocido. Pero tiene que ser aquí, donde el aire y la luz y la vegetación y la manera de caminar son otros. Deberían saberlo...* El Hombre del Caballo también lo había visto estremecerse.

El Loco pasó corriendo entre Afónico y Spider con las mochilas saltándole a la espalda y gritando ¡el carruaje, se va el carruaje!: al otro lado de la explanada, varias personas subían a un camión. De dónde había salido el vehículo y la gente era un misterio, pero ahora llegaban de todas partes, atraídas por el magnetismo que sobre ellas parecía ejercer el ronquido del

motor. Cargaban bultos, jabas, sacos, maletines, cajas de cartón amarradas con sogas de henequén, como era de rigor; se disponían a viajar. Spider y Afónico no sabían para dónde iba aquel camión; mucho menos el Loco, pero allí no se podían quedar. Tal vez era eso lo único que sabían con certeza, lo único que necesitaban saber: quedarse significaba dormir a la intemperie, la intemperie estaba contaminada de sonidos y presencias hostiles, y al despertar habría desaparecido el efecto causado por las plantas y cambiado la percepción: entonces vendría el horror, la verdadera pesadilla.

Corrieron. Al llegar al camión, Spider soltó la máquina de escribir, le arrancó al Loco su mochila y comenzó a revolver dentro de ella. Sacó todo lo que había –casi nada– y miró a los otros dos.

El dinero... susurró Spider.

¿Qué pasa?, preguntó Afónico.

No aparece.

¿Cómo que no aparece? Tú lo guardaste...

Sí, pero no aparece. Aquí no está.

¿Que no está? ¿Y qué pasó entonces, te lo comiste?

¡Que no está, cojones!

Afónico se abalanzó sobre Spider, empujándolo contra el camión. Spider, impávido, se dejaba sacudir. Cuando vio que no reaccionaba lo soltó, y se volvió hacia el Loco.

Tú tenías las mochilas...

El Loco sonreía. Parecía decir «sí, ¿y qué? Yo no sé nada».

Afónico dio una patada en el suelo. El golpe de la bota arrancó un terrón que cayó sobre la máquina de escribir. Spider fue hasta allí, levantó el nylon rosa que la cubría y sacudió la tierra. Por primera vez, matizada ahora por la luz del atardecer, pudieron verla en todo su esplendor. Engrasada y reluciente, sin arañazos o abolladuras, podía pasar como nueva si no fuese por las letras de las teclas, gastadas

por el uso. Algo al mismo tiempo majestuoso y anacrónico tenía la imagen de aquella máquina de escribir en medio del cemento y el polvo, rodeada de espectadores que la bordeaban como reverenciándola, con el teclado ascendente y marfilesco semejante a la escalinata de un palacio, alzándose entre los flancos desmontables de acero oscuro que guardan el mecanismo giratorio de la cinta, el engranaje de las mayúsculas y los espacios. Una máquina excelente, cualquiera que hubiese sido su dueño.

Luego de observarla durante algunos segundos, Spider se acercó, husmeando, y levantó la mole de hierro para mirarla desde abajo, con la misma actitud que un inspector estatal busca un número de inventario que no existe y que revelará la infracción.

No sé, no me juega la lista con el billete, exclamó sin quitar la vista de las teclas. Ni siquiera parece que alguna vez la hayan tirado contra la pared en medio de una borrachera... no huele a whisky... Para ser de Bukowski a este traste le hacen falta un par de patadas. O al menos una buena abolladura.

A vómito debería oler... Y además, ese nylon rosado... Debe ser iniciativa de la vieja. No creo que fuera el color que él escogería para tapar su máquina, dijo Afónico, repentinamente interesado.

¿Ahora qué carajo hacemos?, preguntó el Loco.

No sé..., respondió Spider, y después de algunos segundos de vacilación, miró la máquina.

No, no, eso no... murmuró Afónico.

Según Spider, no les quedaba más remedio, si era que alguna vez querían salir de aquel lugar. Afónico se opuso aduciendo que con esa máquina podrían hacer un gran negocio en La Habana si lograban venderla a un coleccionista, por ejemplo, o a algún turista interesado, pero que venderla allí al primer guajiro ignorante que pasara era botar el dinero, como ya habían

hecho ellos con el que tenían guardado para el regreso. Spider comenzó entonces a cuestionar su legitimidad, la de la máquina, y Afónico a apoyarse en el beneficio de la duda y en el riesgo de perder estúpidamente un montón de dinero a cambio de un pasaje en camión.

Yo apoyo la propuesta del compañero, dijo de repente el Loco, señalando a Spider, porque de lo contrario nos vamos a podrir en este caserío y quién sabe cuándo podamos volver a la placa. No se vende, colegas, se hipoteca. Y para que no queden dudas de mi buena voluntad, me comprometo a encontrar un comprador en este mismo instante, y garantizo que regresaré a buscarla en cuanto tenga dinero.

Tú te callas, maricón. No quiero ni pensar que por tu culpa...

...que será nunca, murmuró Spider, concluyendo la frase del Loco.

El chofer del camión aceleró el motor, avisando que estaba por partir. Podía ser la única –o la última– posibilidad.

Al carajo entonces, rezongó Afónico. Vamos.

Debajo de una ceiba, al otro extremo de la explanada, dos tipos jugaban una partida de dominó. Por el silencio y los movimientos de los jugadores parecía mas bien una mano de póker, ni siquiera golpeaban con las fichas la madera de la mesa. Uno de ellos, flaco y peinado como Carlos Gardel, estudiaba cada jugada con la pretensión de quien le va la vida en ello, mientras controlaba con la mano derecha la perfecta compostura de sus cabellos engominados. El otro, entre tanto, se mantenía expectante, mirando a los ojos de su rival con la boca abierta y en absoluto silencio. Una vez que Tiberio jugaba, Gumersindo asentía mecánicamente, sonriendo. Luego se inclinaba hacia delante y con los brazos, cubiertos de vello grueso y oscuro, formaba un semicírculo alrededor de sus fichas, dispuestas de la misma manera, como si quisiera protegerlas de una mirada

indiscreta que no existía. Luego hacía crujir los dientes, sacaba la lengua y decía “voy pa’ti» antes de comenzar a pensar su próximo lance. Al parecer, disponían de todo el tiempo del mundo. El Loco se echó la máquina al hombro y corrió hacia allí.

Disculpen, dijo. Estoy vendiendo esta máquina. Se las dejo a buen precio. Aprovechen.

Puso la máquina sobre la mesa, encima de las fichas ya jugadas, y se apartó. «Es una ganga», intentaba decir con su sonrisa, que no podía ser una mueca más tonta. El chofer del camión dio un pitazo largo. Spider fue hasta allí, cruzó dos palabras con él, pidiéndole un minuto, y regresó corriendo hasta la mesa de juego.

Tiberio dejó sus fichas boca abajo y con un gesto rápido, sorpresivo, llevó sus dos manos a la cabeza en un movimiento perfectamente sincronizado. Las dejó reposar allí un par de segundos antes de comenzar a deslizarlas lentamente hacia atrás, resbalando por el pelo engominado y brillante. Parecían esquiar cuesta abajo por una pendiente recubierta de alquitrán humedecido por la lluvia. Cuando las manos llegaron a la nuca, escupió. Su peinado impecable revelaba una cierta incoherencia con el resto: botas altas de goma verde, pantalones grises y sucios cortados por la rodilla, y en el pecho un tatuaje de «Pedrito el Fuerte», el musculoso hombrecito que ilustraba los paquetes de gofio en los años sesenta. A los pies de la figura, también tatuada, una inscripción: *Porque en los peores momentos nunca me abandonaste.*

¿Y para qué quiero yo ese traste viejo?, preguntó.

Quinientos pesos. Una bicoca, dijo el Loco con su sonrisa inerte.

Tiberio miró la máquina, luego a su compañero de juego, y soltó una carcajada.

Ni para usted ni para mí, ripostó Afónico. Trescientos cañas.

Ahora fue Gumersindo quien rió, todavía más fuerte que Tiberio. Movía la cabeza hacia los lados como un anormal, señalando la máquina con su dedo índice, una morcilla peluda.

¡Cien!, gritó Afónico. No se la puedo bajar más.

Aunque se dirigían siempre a Tiberio, a los dos pareció darles un ataque con esta última propuesta. Gumersindo comenzó a tirar las fichas al pecho de Tiberio, quien a su vez las devolvía retorciéndose de la risa, apretándose la barriga y señalando a *Pedrito el Fuerte* mientras gritaba «¡Tira, tira, que él las coge de flail!».

Eso sí es arrebató, dijo el Loco. Estos tipos están peor que nosotros.

O mejor... ¡Oiga! —le gritó Spider a Tiberio—, para que se entere bien, *esta* era la máquina de Bukowski. ¡De Bukowski, ¿oyó? Por cien pesos se la estamos regalando, y si no fuera porque...

La risa de Gumersindo era tan alta que obligó a Spider a callarse. «¿Cóm'e que tú dice que se llama el ruso ése?», le preguntó, y al hacerlo, echó su silla hacia atrás y cayó con estrépito al suelo. Y allí quedó, pataleando con las piernas en alto, dando alaridos de risa.

La tonta sonrisa del Loco se había ido transformando en un rictus de furor. Al ver que Spider y Afónico no reaccionaban se quitó las botas, y con los cordones ató una con la otra. De un salto se puso de pie y corrió hasta donde había un poste del alumbrado público. Y desde allí comenzó a gritar, a Tiberio y a Gumersindo, a los que estaban sobre el camión, al Mamey en pleno, a las montañas todas.

¿Ustedes se están riendo de nosotros, guajiros maricones con laca? Pues yo los voy a dejar sin luz, ahora van a ver... Para que aprendan a respetar a los hombres.

Hizo un molinete sobre su cabeza y soltó las botas hacia arriba. Las botas rozaron los cables y cayeron del otro lado



del tendido eléctrico. El Loco las recogió y volvió a lanzarlas, gritando.

¡Si quieren saber lo que va a pasar hoy en la telenovela tendrán que comprarse radios de pilas, hijos de puta, porque los voy a dejar un mes sin corriente!

La diatriba funcionó. Con recelo al principio; más confiados después, la gente comenzó a salir de las casas, como si sólo un escándalo o un cataclismo como aquel pudiera sacarlos de allí. Al igual que en casi todo el resto del país, también aquí el poder de movilización provocado por un comentario parecía superior a la inminencia de un huracán. Movimiento que desembocaba siempre en la fase participativa. «¡Delincuentes! ¡Violadores!», gritó una mujer desde un portal cercano. Afónico y Spider pensaron igual: aquí todo el mundo grita lo mismo. Algunas personas que habían subido al camión comenzaron a vociferar, pero las de ellos eran palabras incomprensibles, al menos para Spider y Afónico.

En ese momento, por una esquina de la explanada y saliendo de la maleza, apareció el Hombre del Caballo. Comenzaba a caer la noche. Sacó la botella de la alforja, se dio un trago largo, y avanzó hasta donde estaban Tiberio y Gumersindo.

*Cómprenla. Esa era la máquina de Charlie.*

Tiberio y Gumersindo enmudecieron. Gumersindo movió la cabeza hacia los lados, escrutando al Hombre del Caballo con el rabo del ojo. El Loco detuvo las botas en el aire y lo miró en silencio. Intentaba explicarse qué era exactamente lo que inspiraba respeto en aquel hombre, un respeto profundo, palpable, sin fisuras, y que parecía imponerse de manera natural, a pesar de su presencia insignificante. Tiberio también lo miró, aunque no directamente a los ojos. Luego bajó la cabeza y sacó un fajo de billetes de un bolsillo. Contó cinco de a veinte y guardó el resto.

*Quinientos.*

La voz del Hombre del Caballo sonó como una orden. Tiberio agregó de mala gana lo que faltaba y puso el dinero sobre la mesa. Spider y Afónico se miraron, indecisos. El camión pasó por detrás de ellos. Afónico se encogió de hombros, sin atreverse a tomar el dinero. Spider sacó un bolígrafo de su mochila y se acercó a la mesa. Escribió algo sobre la madera y tomó el dinero.

Para que vean que nosotros somos de ley, dijo. Volveremos por ella, de eso pueden estar seguros, añadió, señalando la máquina.

Afónico fue hasta la mesa y leyó lo que Spider había escrito. Pero esa es la dirección de...

Gumersindo se inclinó hacia adelante. «Son de la'Bana», murmuró.

Spider miró al Afónico, y el ronco cerró la boca. Todos estaban inmóviles, como a la espera de algo, y sólo se escuchaba el ronroneo del camión, alejándose. El Loco comenzó a sentir que el pánico lo invadía. Temía quedarse allí, entre aquella gente después de este episodio. Abalanzándose sobre Spider, le arrancó el dinero de la mano y corrió tras el camión.

Afónico y Spider corrieron detrás del Loco. Sobre la marcha lanzaron sus mochilas hacia la cama del camión, se colgaron de las barandas, saltaron dentro cuando el vehículo enfilaba cuesta abajo por el camino principal, dejando atrás la explanada. La noche comenzaba a cerrarse sobre el poblado, aunque ellos, entre el polvo y el último destello del día, pudieron ver al Hombre del Caballo apoderarse de la máquina, acomodarla sobre la montura y escurrirse otra vez en la montaña.